

DISCURSO PRONUNCIADO EN EL 30° ANIVERSARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA ESCUELA DE ENFERMERAS CARLOS VAN BUREN

Lorena Bettancourt-Ortega.

Enfermera, Magíster en Enfermería. Miembro de la Red Chilena de Historia de la Enfermería, Miembro de la Red Iberoamericana de Historia de la Enfermería. Escuela de Enfermería, Universidad de Valparaíso. E-mail: lorena.bettancourt@uv.cl

Redecindo de la Fuente.

Médico, Primer Director de la Escuela de Enfermeras “Carlos Van Buren” de Valparaíso.

§ Introducción

Se me ha solicitado que introduzca la primera edición de la sección de “Artículos Históricos”, en la revista de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Valparaíso, solicitud a la que respondo con mucho placer.

Quisiera relevar, en este espacio al que he sido invitada, el rol sustantivo que tienen el patrimonio y la historia en la conformación de la memoria de nuestra sociedad, pues, considero imposible mirar hacia el futuro sin antes conocer el recorrido y los esfuerzos que hicieron nuestros antecesores para engrandecer esta disciplina en la ciudad de Valparaíso.

Ya Ortega y Gasset versaba otrora: “No podemos hacer de nuestro pasado una cosa abstracta que quede inerte allá en su fecha, cuando este es en gran medida la fuerza viva y actuante que sostiene nuestro hoy” (1).

Mirar al pasado no es simplemente observar una sucesión de hechos pintorescos e interesantes que ocurrieron en años pretéritos, sino más bien, es un ejercicio que nos permite comprender el significado de los símbolos. En este sentido, conocer el desarrollo histórico de la disciplina de enfermería en Valparaíso, el valor simbólico de sus hitos, nos permite comprender cómo debemos seguir aportando a su construcción en el presente, y por qué no decirlo, al futuro (2).

Como Escuela de Enfermería, debemos considerar la enseñanza de la investigación histórica como herramienta para favorecer el desarrollo de la identidad profesional en los estudiantes. Las nuevas generaciones no deben sentirse jamás ajenas a nuestra historia, ya que forman parte vital de una memoria colectiva, y son responsables de su man-

tención, que es lo que permite sentirnos parte de una misma profesión. En esta dirección, la investigación histórica se presenta como el método que aporta los fundamentos que llevan a caracterizar la identidad profesional, en un contexto social como es el Puerto de Valparaíso (3).

El rescate de este texto obedece a las primeras ediciones de la otrora Revista de la Escuela de Enfermería “Carlos Van Buren”, la que en el 30° aniversario de su fundación le solicitó al Dr. Rudecindo de la Fuente, primer director de la Escuela, elevar un perfil del prócer fundador.

El Dr. de la Fuente hace una sentida descripción del Sr. Van Buren como un hombre excepcional y destaca en él sus excelsas cualidades personales: su llaneza, su buena disposición, capacidad de gestión, entre otras, las que demostraba en sus diarias visitas al establecimiento y que le permitieron ser reconocido en el resto del país.

Don Rudecindo nos lleva a un viaje, en el que describe cómo era la salud y el cuidado antes y después de la fundación de la Escuela de Enfermería en Valparaíso. Durante la administración del Sr. Van Buren se vivían tiempos de guerra, la primera a nivel mundial, había múltiples carencias. Aún así, organizó el policlínico del hospital, en ese tiempo San Juan de Dios, e inauguró el Servicio de Pensionado con la presencia del Embajador en Gran Bretaña, quien fue el responsable de contratar a las seis enfermeras que tomaran a su cargo la repartición. Posterior a su muerte, deja un legado de seiscientos mil pesos para la construcción de la Escuela de Enfermería, la primera a nivel regional en el país y pionera en muchos aspectos (4).

Quizá el autor de esta reedición nunca imaginó que su publicación resultaría ser una reveladora mues-

tra de nuestros orígenes profesionales. Considerar este testimonio nos permitirá ir reconstruyendo nuestro pasado que, junto al archivo de objetos y documentos a cargo de la Unidad de Gestión Patrimonial recientemente formada, abrirá una ventana para pensar nuevas ideas y realizar nuevas actividades que dan valor a la creación, y que responden a lo nuevo sin temor a perder nuestra identidad en el devenir de la humanidad (4).

Y como dijo Don Rudecindo: “la mente creadora de Van Buren contribuyó a la profesionalización de la enfermería en Valparaíso (...) Os corresponde a vosotras prestigiarla como también a vuestra Escuela a cuyo nombre quedais ligadas”.

§ Discurso:

No deseaba estar en esta situación, como lo había manifestado, pero pensando que como ninguno de vosotros conocisteis a don Carlos Van Buren, tendrías interés en conocer algunas acciones o rasgos, tratando de formaros una mejor imagen de él. No podría, sin embargo, dejar de narrar algunos hechos que se relacionan con el hospital al que estuvo tan íntimamente ligado.

Se ha dicho con razón que la mayoría de los hombres mueren para ser sepultados...los más altos mausoleos no lo salvan a veces de caer en el olvido. Pero unos pocos mueren para renacer de sus cenizas a la justicia y agradecimiento de la posteridad, como se hace hoy notorio, en este aniversario de la fundación de la Escuela que coincide con el natalicio de don Carlos Van Buren. Su vida estuvo ligada al Hospital San Juan de Dios, que se propuso reconstruir y dotarlo de los mejores elementos para la debida atención de los enfermos. Pero con gran visión y algo único en el país, quiso dejarlo completo, dotándolo de una Escuela para prepa-

rar su propio personal.

El terremoto de 1906 dejó en ruinas al Hospital San Juan de Dios y su construcción no se vislumbraba seis años después y para la Junta de Beneficencia de la época, fue un problema encontrar la persona que uniera a la vocación por esta clase de obras, el entusiasmo e influencia para conseguir los medios económicos.

Quiso la suerte que fuera designado Administrador don Carlos Van Buren, persona apolítica, de gran prestigio, además de su generosidad y estimación general, que tomó con gran entusiasmo su tarea.

Cuando llegué al Hospital en 1914, constaba de 4 salas que actualmente se procura demoler, en las que se hospitalizaba a enfermos tanto de medicina como de cirugía, y como el número de camas era insuficiente, se colocaba, entre ellas, en el piso, colchones en los que se albergaba a otros tantos enfermos, ya fueran neumonías, tifoideas, fracturas, hernias, apendicitis, etc., entremezclados.

La dirección de los hospitales; tanto aquí como en Santiago y el resto del país, dependía de las Juntas de Beneficencia, corporaciones que se nutrían de la generosidad particular, subvenciones, etc. y cuyo funcionamiento era autónomo. Designaba a los Administradores de los hospitales (actuales directores), nombramientos honoríficos, eligiéndose a personas respetables y prestigiosas con inclinaciones a hacer la caridad. Los médicos, en Valparaíso (y en este no estaba ajeno don Carlos Van Buren) gozaban de este privilegio, el Dr. Deformes en el San Agustín, Dr. Thierry en el Salvador; pero en Santiago, el único médico que había llegado a director era el Dr. Alejandro del Río en la Asistencia Pública, que se imponía además de

su prestigio por lo versado en asuntos de hospital.

En la atención de los enfermos, el culto religioso era factor preponderante, dado los escasos medios terapéuticos de la época, lo que mucho influía en la moral del enfermo manteniendo un estado de angustia que en algunos casos llegaba al terror. No sin razón, había en el público aversión por los hospitales y se los llegaba a tildar de antesala del cementerio.

Me sorprendió desde mi llegada al hospital el ambiente tan distinto que reinaba, comparado con Santiago, donde los administradores se consideraban semidioses y se mantenían distanciados de los médicos sin más contacto con ellos que los establecidos por intermedio de las religiosas.

El señor Administrador de éste hospital cautivaba por su llaneza y buena disposición para ayudar al médico en bien del enfermo y, las deficiencias del local se olvidaban y compensaban con las facilidades que daba para el mejor desempeño profesional.

No había cuidadoras en la sala sino practicantes, tal vez por ser establecimiento sólo para hombres, factor al que no era ajena la influencia religiosa. Las monjas supervisaban todo el servicio incluso el trabajo de los practicantes. Estos atendían por salas y a determinadas horas del día. En la noche, la sala quedaba al cuidado de un hombre sin preparación alguna, que generalmente era un enfermo que se había recuperado y pagaba en esa forma una manda que había hecho o, era un alcohólico que no tenía domicilio o un silvestre cualquiera. Durante la noche un practicante vigilaba todo el hospital y daba cuenta al médico interno las novedades y de los enfermos o heridos que ingresaban, la policía, porque la Asistencia Pública

funcionaba hasta las 8 p.m.

La Botica del Hospital proporcionaba todos los medicamentos que el médico prescribía, no se conocía la falta de medicamentos. Estaba autorizada por el Administrador para comprar todo lo que fuera necesario, si carecía de algún elemento. No está de más que diga que a los enfermos, si los médicos lo ordenaban, se les proporcionaba champagne o coñac. No había diferencia en ese sentido con los de pensionado.

En este agradable ambiente, no era de extrañarse que el médico se entregara totalmente a colaborar con el señor Administrador en bien del enfermo.

Don Carlos concurría diariamente al hospital, recorría a menudo solo todas las salas, conversaba con los enfermos, oía pacientemente sus apreciaciones respecto al servicio, celebraba frecuentes reuniones con los médicos y, los días domingos y festivos ampliaba su visita minuciosa a todas las dependencias del hospital.

Como puede suponerse, los progresos del Hospital San Juan de Dios se hicieron no sólo perceptibles sino resonantes, lo que provocó frecuentes visitas de profesores y médicos de Santiago y otras ciudades y nos confesaban cuánto les gustaría llevarse a la capital a nuestro Administrador, entre otras cosas por sus cordiales y estimulantes relaciones con los médicos.

En una reunión que celebró la Sociedad Médica de este puerto con la de Santiago y a la que asistió especialmente invitado el señor Van Buren, el Presidente de la Sociedad Médica de Santiago, profesor Emilio Aldunate, declaró entre grandes aplausos de los numerosos asistentes, muchos profesores de la Facultad, que otorgaba al señor Van Buren el título de médico cirujano.

Se esforzó el señor Van Buren, a pesar de todas las dificultades y deficiencias impuestas por la primera guerra mundial, hasta inaugurar en 1916 el Policlínico, en construcción desde 1913, en el que se adoptó una nueva modalidad, para la época, en la atención de enfermos, abandonando la vieja costumbre de los antiguos dispensarios. A su inauguración acudió lo más representativo de la ciudad de Valparaíso, que tributó no sólo sus aplausos al señor Van Buren, sino que en su honor se realizó una gran manifestación en la que se colectó una suma de dinero que pasó los \$800.000 de la época, que se le entregó para que construyera el Pensionado, que debía llevar su nombre por acuerdo expreso de la Junta de Beneficencia, y ostentar su retrato que se ordenó confeccionar.

Cuando se celebró en Santiago el Primer Congreso Nacional de Beneficencia, don Carlos Van Buren fue designado relator en el tema Administración Hospitalaria y como tal propuso la revolucionaria moción, aprobada por el Congreso tras fuerte resistencia, de que en todos los hospitales, el administrador o subadministrador debía ser médico. Los médicos le deben esta trascendental conquista de la técnica.

En 1920 para inaugurar el Pensionado, solicitó a nuestro embajador en Gran Bretaña, Sr. Edwards Mc Clure, que le contratara en ese país seis enfermeras que tomaran a su cargo la nueva repartición. Su iniciativa fue comentada y aún resistida, no sólo por los enfermos acostumbrados a otra modalidad, sino por médicos que no previeron la imprescindible importancia que muy pronto debían reconocer a la nueva colaboración.

Pero por la comprensión que el señor Van Buren tenía de los progresos hospitalarios, no vaciló en incluir en su testamento el magno legado funda-

dor de esta Escuela que lleva su nombre. No puede disputarse a don Carlos Van Buren la primera idea de profesionalizar en Chile este oficio, hasta entonces asimilado al servicio doméstico.

A esta mente creadora se debió vuestra profesión, os corresponde a vosotras prestigiarla, como también a vuestra escuela a cuyo nombre quedáis ligadas.

En cuanto a mí, sólo he sido un instrumento ejecutor. Gracias a mi título de médico, pude tener la suerte de acercarme a este hombre excepcional y disfrutar no sólo de su amistad sino de su afecto y confianza. Es una gran honra para mí haber podido dar fiel cumplimiento a su obra que tanto acariciaba.

Se me vienen a la memoria otros que quedaron en suspenso, pero las turbulencias políticas, que junto con extinguir una vida, troncharon las esperanzas de un mayor progreso para nuestra profesión.

§ Referencias Bibliográficas

1. De la Fuente R. Discurso pronunciado con ocasión del homenaje que se le rindiera en el 30º aniversario de la fundación de la Escuela. Revista de la Escuela de Enfermería "Carlos Van Buren" Valparaíso. 1963; 2(4):31-5.
2. Velandia AL. Para qué publicar en enfermería. Invest Educ Enfer. 2008; 26 (Supl 2): 60-71.
3. Arratia A. Investigación y documentación histórica en enfermería. Texto Contexto enferm. 2005 (oct-dic);14(4):567-74.
4. Uribe P. Desarrollo del Internado de Medicina en Valparaíso (1923-1967). Rev Chil Salud Pública. 2014; 18(2): 217-9.